

01 Nuestros orígenes

Desde los registros fósiles de Atapuerca hasta las pinturas rupestres de Altamira la península Ibérica constituye un escenario privilegiado para estudiar y conocer el Paleolítico, la primera etapa de la prehistoria. Andar erguidos, fabricar instrumentos, dominar el fuego, desarrollar el lenguaje, representar el mundo. Empezar a ser como somos.

El 8 de julio de 1994 los arqueólogos del equipo de investigación de Atapuerca no podían contener sus gritos de alegría. Habían encontrado un diente humano en un estrato del yacimiento de la Gran Dolina con una antigüedad de al menos 800.000 años antes del presente (BP). Al primer resto le siguieron muchos más fósiles, algunos con indicios de prácticas de canibalismo, todos ellos con una peculiar morfología que dio lugar a la definición de una nueva especie de homínido, el *Homo antecessor*. Otro gran descubrimiento llegó en 2008 con el hallazgo en la Cueva de la Sima del Elefante de una mandíbula humana de más de 1.200.000 años de antigüedad, asociada a útiles de sílex rudimentarios. Tenemos más de un millón de años de historia que contar.

La hominización Los fósiles más antiguos de la Sierra de Atapuerca no constituyen un punto de partida sino un jalón más en el larguísimo proceso de la hominización. Un lento y complejo camino que no es, como se suponía, una vía recta que une nuestros orígenes con el presente sino algo mucho más parecido a un árbol de muchas ramas. Los orígenes se encuentran en África, hace cinco o seis millones de años, cuando nos separamos de los chimpancés y los gorilas para adoptar la postura erguida, el bipedalismo. Es razonable suponer que nuestros primeros antepasados tenían características muy similares al *Ardipithecus ramidus* o al *Australopithecus anamensis*, que vivieron hace más de 4 millones de años, o al *Australopithecus afarensis* y al *Australopithecus africanus*, con registros fósiles de 3 millones de años. Lo que parece más seguro es nuestra vinculación con los restos de

Cronología

1.200.000 BP	800.000 BP	300.000 BP	150.000 BP	120.000 BP
Mandíbula de homínido en Atapuerca	Restos del <i>Homo antecessor</i> , Atapuerca	Fósiles de la Sima de los Huesos, Atapuerca	Dominio del fuego	Hombre de Neandertal

El tiempo de la piedra tallada

El estudio de los útiles de piedra usados por los grupos humanos del Paleolítico tiene un valor extraordinario porque permite conocer su modo de vida, la relación con el medio y los cambios y continuidades culturales. Una compleja cadena tecnológica que la literatura de divulgación científica ha intentado simplificar definiendo cinco «modos» o conjuntos de técnicas e instrumentos. En el Paleolítico inferior encontramos el Modo 1 (Olduvayense), de choppers y lascas (2.000.000-800.000 años BP),

y el Modo 2 (Achelense), de hachas de mano bifaciales (800.000-300.000); en el Paleolítico medio el Modo 3 (Musteriense), de útiles sobre lascas procedentes de núcleos preparados (130.000-35.000); en el Paleolítico superior el Modo 4 (Auriñaciense, Gravetiense, Solutrense y Magdaleniense), con producción de láminas especializadas y un gran número de útiles de hueso (35.000-10.000); y, finalmente, en el Mesolítico el Modo 5, herramientas diversas compuestas de elementos microlíticos (10.000-8.000).

Homo habilis hallados en el este del continente africano, asociados a las primeras herramientas líticas, con fechas entre 2,5 y 1,5 millones de años. Piedras talladas con tosquedad pero que evidencian el aumento del cerebro, el inicio del pensamiento abstracto y cooperativo, el cambio de la alimentación, con la introducción de la carne y las grasas de animales, y una mayor complejidad social. El desarrollo de estos homínidos está ligado a un gran cambio climático, a la reducción de las selvas lluviosas y la expansión de ecosistemas abiertos, una capacidad de adaptación al medio que prepara el terreno para la expansión geográfica hacia otros continentes.

Ese papel parece que fue desempeñado por otra especie posterior, el *Homo ergaster*, con fósiles datados entre 1,8 y 1 millón de años, aproximadamente. Se trata del primer antepasado al que podríamos mirar cara a cara, con una envergadura similar a la nuestra, un mayor volumen cerebral y la habilidad para fabricar herramientas más elaboradas. Su aparición casi coincide con el inicio del Pleistoceno, la primera división de nuestra era cuaternaria. La Tierra se enfrió progresivamente y aparecieron las glaciaciones, con períodos intermedios más suaves. Y grupos pequeños de seres humanos se expandieron, gracias a

40.000 BP 35.000 BP 30.000 BP 20.000 BP 15.000 BP 11.000 BP 10.000 BP

Presencia de *Homo sapiens*

Primeras pinturas rupestres en la cordillera Cantábrica

Últimos neandertales en la península Ibérica

Aparición del propulsor para la caza

Sala de los Bisontes, Altamira

El arco y la flecha

Holoceno. Final de la última glaciación

su capacidad de adaptación al medio, hasta el extremo oriental de Asia. Y también hacia el occidente europeo.

Cazadores-recolectores Es el momento de la montaña caliza de Atapuerca, un yacimiento único en el mundo con un registro paleontológico y arqueológico que comprende un millón de años. Desde los primeros restos del *Homo antecessor* hasta la extraordinaria colección de fósiles de la Sima de los Huesos allí se hallaron más de 30 individuos pertenecientes a la especie *Homo heidelbergensis*, datados hace 300.000 años, quizá la primera manifestación de un rito funerario. Representan a la población biológica que ocupó Europa durante varios cientos de miles de años. Pequeñas bandas de cazadores y recolectores de vegetales, con contactos culturales y genéticos, que se desplazaban de manera estacional en busca de recursos para intentar asegurar una supervivencia difícil, con una esperanza media de vida que no alcanzaba los 30 años de edad.

La extensión de los glaciares por el continente contribuyó a la evolución aislada de estos primitivos europeos, a la aparición, hace 120.000 años, del *Homo neanderthalensis*. Los robustos neandertales nos han dejado huellas de los hogares donde dominaron el fuego, de su habilidad para tallar la piedra y el hueso, de sus prácticas de enterramiento con evidencias de ritual funerario y del inicio de un comportamiento simbólico capaz de una comunicación a través del lenguaje. Aun así, y pesar de su adaptación a las necesidades de la caza y el frío, no sobrevivieron.

Cromañones Los que sí lo hicieron pertenecen a otra especie, la nuestra, el hombre de Cro-Magnon, *Homo sapiens sapiens*, nacida en África hace 200.000-150.000 años. Somos emigrantes africanos que nos asomamos al continente europeo a través de Oriente Próximo y llegamos hasta los Pirineos hace unos 40.000 años. Los *sapiens* eran más ligeros y gráciles, con una mayor capacidad de adaptación a medios cambiantes gracias a una tecnología superior (auriñaciense), el uso especializado de materiales de origen animal (asta, hueso y marfil) y el desarrollo de nuevas armas de caza, como el propulsor.

Desarrollaron el aparato fonador, que permitió la riqueza de nuestro lenguaje articulado; el gusto por los adornos personales y los objetos decorativos, y las primeras manifestaciones artísticas, representaciones en piezas pequeñas transportables (arte mueble), y grabados y pinturas

**«Es un hecho que España guarda
inmensos tesoros relacionados
con el hombre fósil.»**

Hugo Obermaier, *El hombre fósil*, 1916

El último solar del Neandertal

Durante al menos diez milenios, entre el 40.000 y el 30.000 BP., en una frontera imaginaria que podría situarse alrededor de la línea del río Ebro, los humanos modernos llegados de África entraron en contacto, coexistieron y compitieron con los neandertales europeos. La península Ibérica pudo ser su último refugio. Las claves de su extinción constituyen uno de los debates más apasionantes de los prehistoriadores. Es probable que se adaptaran peor a la ola de frío que invadía el

continente europeo; es probable, también, que su menor capacidad para articular el lenguaje fuera una desventaja social; que de una manera u otra acabaran desplazados por los *sapiens*, relegados a áreas marginales, cada vez más aislados y con menos recursos, hasta su desaparición final. Un hecho que nos sigue intrigando porque, aunque no somos descendientes suyos, ellos eran, sin lugar a dudas, seres humanos que se enfrentaron al desafío de la vida.

en las paredes de abrigo y cuevas (arte rupestre o parietal). El arte del Paleolítico superior encuentra en la península Ibérica un lugar privilegiado, con más de un centenar de cuevas que conservan restos valiosos, las más importantes situadas en la franja cantábrica. Las primeras representaciones, según trabajos de datación recientes, se producen hace 35.000 años. Las pinturas más famosas, las de la sala de los Bisontes de Altamira, en Santillana del Mar, fueron pintadas hace menos de 15.000 años, en medio del paisaje desolador de la última glaciación, el final del reinado de los mamuts y los osos de las cavernas. Son «santuarios» enigmáticos, escenarios mágicos que admiramos sin comprender porque no conocemos su código, las claves simbólicas que desentrañan su significado. Pero sin duda servían para explicar el mundo.

El ser humano deja su huella en la naturaleza. El cambio cultural y tecnológico se hace cada vez más rápido y, con él, la capacidad de conocer y dominar el medio. El tiempo lento de la biología queda relegado a un segundo plano. La historia se acelera.

La idea en síntesis: un millón de años de evolución humana en la península Ibérica

02 El Neolítico

El desarrollo de la economía productora, con la extensión de la agricultura y la ganadería, transforma de manera radical la estructura social y el modo de vida de las primeras comunidades peninsulares. Hoces, tornos, arados, herramientas de metal, monumentos megalíticos... El ser humano cambia por completo su relación con la Naturaleza.

En los abrigos rocosos del litoral mediterráneo, visibles a la luz del día, se conservan muchas manifestaciones artísticas que se conocen con el nombre de Arte Levantino. Pinturas y grabados que representan escenas de caza y recolección, con figuras humanas de rasgos esquemáticos. Su cronología ha sido muy discutida pero la mayoría de los especialistas tiende a situarlas en la época posglaciar,

«Es enorme nuestra deuda para con esos bárbaros que no conocieron la escritura.»

V. Gordon Childe, *Qué sucedió en la Historia*, 1942

tal vez la última expresión de las bandas de cazadores que hace 7.000 años entraron en contacto y pasaron a formar parte de un mundo nuevo, el de los primeros productores de alimentos, capaces de domesticar animales y plantas. Agricultores y ganaderos sedentarios, gentes del Neolítico.

La neolitización La expansión del Neolítico por el continente europeo está ligada a su aparición en el «Creciente fértil» del Próximo Oriente, en torno al 8.000 a. C. Su llegada al mundo mediterráneo peninsular se produjo en una fecha cercana al 5.700 a. C. y en apenas tres o cuatro siglos la colonización agrícola se extendió prácticamente por toda la geografía peninsular. ¿Cómo ocurrió? Una de las hipótesis más contrastadas afirma que las novedades fueron traídas por comunidades procedentes del Mediterráneo que se expandieron por las costas y los cursos de los ríos, un proceso de difusión que combinaría el desplazamiento de la población y el contacto con las redes de intercambio de los grupos cazadores-recolectores del final del Mesolítico. Otras interpretaciones ponen el énfasis en factores

Cronología

8000 a. C.

Mesolítico o Epipaleolítico. Arte Levantino

5700 a. C.

Primer Neolítico. Cerámica cardial

4300 a. C.

Desarrollo del megalitismo

3300 a. C.

Arado y hoz de dientes de sílex

3000 a. C.

Metalurgia del Cobre. Cultura de Los Millares

3000 a. C.

Aparición de la rueda

como el cambio climático registrado en el Holoceno. La nueva situación ambiental produciría una crisis demográfica y alimentaria que obligaría a los grupos humanos, en algunos lugares, a controlar el proceso de reproducción de las plantas y los animales que hasta ese momento habían cazado y recolectado. Una solución forzada, y muy trabajosa, para sobrevivir a un momento de apuro.

Agricultores y pastores Las primeras comunidades neolíticas estaban formadas por grupos pequeños que no solían superar el centenar de individuos, unidos unos a otros formando tribus. Sociedades denominadas «segmentarias», casi autosuficientes, sin diferenciación de riqueza. Grupos obligados, debido a sus técnicas agrícolas rudimentarias, de escasa productividad, a una gran movilidad en busca de pastos y tierras fértiles. Las primeras plantas cultivadas fueron los cereales (trigo y cebada) y algunas legumbres (habas y guisantes); los primeros animales domésticos, el perro, la cabra, la oveja, el cerdo y la vaca.

La cerámica

Los primeros restos de cerámica aparecen asociados al proceso de expansión de la agricultura y la ganadería.

Es un material duro e impermeable, obtenido después de cocer la arcilla y evaporar el agua que contiene, que destaca, entre sus múltiples usos, por su capacidad para almacenar, transportar y consumir alimentos. Al principio se fabricaba a mano, cocida al aire libre, en hoyos cubiertos con ramas. Poco a poco, mejoró la selección de arcillas y cambiaron las

formas decorativas, pero hasta el primer milenio a. C. no se introdujo el torno alfarero y los hornos de doble cámara, que permitieron mejorar el acabado y multiplicar la producción. Un material fundamental para la vida de los grupos humanos del Neolítico y también, hoy en día, para el trabajo de los arqueólogos. Los restos de cerámica hallados en las excavaciones constituyen una de las claves que permiten definir la cronología y conocer la cultura material de un yacimiento.

2600 a. C. **2300 a. C.** **2000 a. C.** **1300 a. C.** **1200 a. C.** **1100 a. C.** **800 a. C.**

Cerámica
campaniforme

Edad del
Bronce.
Cultura de
El Argar

Explotación
de la sal.
Comercio
regular

Cultura de
talayotes,
Baleares

Cultura de
Campos de
Urnas

Cultura
Cogotas I
(Ávila)

Edad del
Hierro

«Tres son los factores que han determinado el asentamiento de los seres humanos: el medio, las actitudes y formas de organización social de quienes en él vivían y, por último, sus niveles de tecnología.»

Norman J. G. Pounds, *Geografía histórica de Europa, 1949*

A lo largo del IV milenio a. C. aparecieron novedades como el arado, la hoz con dientes de sílex, la tracción animal y los denominados productos secundarios, como la lana, la leche y sus derivados. El testimonio de los primeros campesinos nos ha llegado a través de los restos de cerámica, las herramientas de piedra pulida y los utensilios de hueso, la huella de hornos y alfares, y los hoyos de los campos de silos utilizados para guardar el grano.

Poco a poco, los grupos humanos cambiaron su relación con el medio natural, se fijaron a la tierra, transformaron la concepción del tiempo y del trabajo, la alimentación, las creencias y también las formas de organización social. Apareció la conciencia de la propiedad y de su herencia, unida a los vínculos familiares, y la importancia del control de los excedentes, el origen de las diferencias sociales, relacionadas con el parentesco y la jerarquía. El germen de las primeras sociedades complejas.

La Edad de los Metales El desarrollo de la metalurgia fue un avance tecnológico trascendental, el resultado de un largo y complejo proceso de experimentación y conocimiento de las cualidades de los productos metálicos y las posibilidades de producción de elementos decorativos, útiles y armas sólidos y duraderos. Del golpeado en frío se pasó al fuego de la forja, al calor capaz de fundir los minerales del cobre, primero, y luego a las temperaturas más elevadas, que permitieron las aleaciones, como el bronce obtenido al añadir una décima parte de estaño.

En la península Ibérica el desarrollo del calcolítico o Edad del Cobre está ligado al horizonte cultural representado, hacia el 3.000 a. C., por el yacimiento de Los Millares, en Almería, con una gran necrópolis y un poblado bien fortificado que pudo albergar a más de un millar de habitantes, el ejemplo de una organización social más compleja y dinámica. En el resto de la península la aparición de la metalurgia coincidió con la extensión de la cerámica campaniforme, alrededor del 2.600 a. C., la prueba de la existencia regular de redes de contacto e intercambio material. En el sureste, unos siglos más tarde, en torno

El megalitismo

Si el primer Neolítico llegó a través del Mediterráneo, el megalitismo es un fenómeno cultural originario del mundo atlántico que apareció en la península Ibérica hacia el 4.400-4.300 a. C. y pervivió durante varios milenios.

Se trata de un conjunto de construcciones monumentales de grandes piedras que tienen un carácter ritual y funerario y un uso colectivo. A lo largo de muchos siglos, los

dólmenes, los sepulcros de corredor, las galerías cubiertas o los *tholoi* de mampostería del sur peninsular sirvieron para marcar el territorio, expresar la cohesión social de las comunidades, mostrar el predominio de clanes y linajes, el vínculo de las generaciones. Los túmulos de tierra que cubren estas construcciones transformaron el paisaje, humanizaron por primera vez la naturaleza.

al 2.300 a. C. comienza la Edad de Bronce, relacionada con la cultura de El Algar, una serie de poblados amurallados asentados en las laderas de los cerros. Los ajuares funerarios denotan una mayor desigualdad social, la aparición de relaciones de dominio y dependencia, el surgimiento de familias o clanes que acumulan poder y riqueza material gracias al control de la tierra y del comercio artesanal.

La metalurgia del hierro es mucho más tardía, nos lleva hasta los comienzos del primer milenio a. C. Es el tiempo de los caudillos y guerreros, la expansión agraria y las explotaciones mineras, un nuevo ritual funerario (la incineración), la llegada de nuevos grupos humanos y el contacto con pueblos colonizadores que llegan a través del Mediterráneo. El final de la prehistoria.

La idea en síntesis: la domesticación de la Naturaleza

03 Iberia

Durante la última etapa de la prehistoria, la Edad de Hierro, que en la península Ibérica ocupa la mayor parte del primer milenio a. C., los grupos indígenas entraron en contacto con las culturas letradas del Mediterráneo y entraron en la historia. Fenicios y griegos, cartagineses y romanos, Iberia fue primero un destino comercial, luego un campo de batalla y, finalmente, una región más del gran imperio latino.

Iberia es un nombre ajeno, la mirada del otro. El nombre aparece escrito por primera vez en el siglo V a. C., en un texto de Herodoto que menciona los largos viajes de los foceos por el Mediterráneo, la ruta seguida por los navegantes griegos hasta Iberia y Tarteso. El término, seguramente relacionado con un topónimo local, el río Íber, señala en un principio a las zonas costeras mediterráneas, desde los Pirineos hasta el golfo de Cádiz, pero más tarde las fuentes griegas lo emplean para designar a todo el territorio de la península. Las primeras referencias tienen más que ver con el mito y la leyenda que con la geografía. Para los autores clásicos, Iberia estaba situada en los confines del mundo conocido, era la última región habitada de Occidente, el escenario del reino mítico de Tartesos, el límite simbólico marcado por las columnas de Hércules, la puerta hacia el gran océano ignoto, poblado de monstruos y peligros.

Tarteso La imagen del reino legendario de Tarteso procede del relato literario difundido por los autores griegos para describir el territorio existente al otro lado de las columnas de Hércules, un mundo desconocido al que se le atribuían riquezas fabulosas relacionadas con sus minas de cobre y plata. En la actualidad el término conserva, todavía, un cierto halo de misterio que sigue llamando la atención de especialistas de diferentes disciplinas científicas. Un reto abierto con más lagunas y problemas que certezas. No obstante, las evidencias aportadas por los arqueólogos nos permiten señalar, con cautela, la existencia de un primitivo Estado enclavado en el suroeste andaluz, en el trián-

Cronología

1100 a. C.	800 a. C.	750 a. C.	654 a. C.	580 a. C.	480 a. C.	400 a. C.
Fundación mítica fenicia de <i>Gadir</i> (Cádiz)	Edad del Hierro en la Meseta	Reino histórico de Tarteso	Fundación de <i>Ebusus</i> (Ibiza)	Fundación de <i>Emporion</i> (Ampurias)	Dama de Elche. Escultura ibérica	Cultura de los Verracos en la Meseta

gulo que forman las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz. El mito fundador de Gárgoris y Habidis explica el desarrollo de la economía agraria sedentaria y sirve para legitimar el carácter divino de los reyes de la zona, la existencia de un sistema de poder centralizado y aristocrático que se desarrolla entre los siglos VIII y VI a. C., un horizonte cultural en el que aparecen los primeros contactos y aportaciones del mundo oriental fenicio.

Las colonizaciones Las fuentes literarias remontan la fundación fenicia de la colonia de *Gadir* (Cádiz) al año 1.100 a. C. Sin embargo, más allá de posibles contactos esporádicos con navegantes y viajeros, el proceso de colonización de las costas de la península Ibérica no comienza hasta el siglo VIII a. C. A lo largo del siguiente siglo, las primeras factorías se convierten en verdaderas colonias que asientan las rutas comerciales y los intercambios con los núcleos indígenas. Además de los enclaves urbanos de Gadir y de Malaka (Málaga), los asentamientos se extienden por todo el litoral andaluz, con contactos hasta la desembocadura del Ebro y la isla de Ibiza.

Entre los siglos VI y V a. C. se produce el declive de Tarteso y la crisis del modelo colonial fenicio. El protagonismo corresponde entonces a los comerciantes griegos, que llegan desde el sureste francés y fundan *Emporion* (Ampurias) en el 580 a. C., y a los colonos púnicos, que reorganizan las rutas meridionales, la vida comercial de las ciudades y los contactos con el interior. Durante varios siglos Cartago mantuvo el control naval en el Mediterráneo occidental. Y es precisamente la pugna por ese dominio, librada contra Roma en la Primera Guerra Púnica, a mediados del siglo III a. C., la que cambia la actitud de los cartagineses en la península. Las colonias de intercambios comerciales dejan paso a una empresa militar de ocupación del territorio y explotación directa de los recursos. Unos años más tarde, en la Segunda Guerra Púnica, Iberia se convierte en el escenario que decide la hegemonía de las dos

«Se le impuso el nombre de Habis y, cuando recibió el reino, fue de una grandeza tal ... que unió a aquel pueblo bárbaro con leyes y fue el primero que enseñó a domar los bueyes con el arado y a buscar el trigo en el surco.»

Justino. Relato del mito de Gárgoris y Habis, reyes legendarios de Tarteso

264-241 a. C. 237 a. C. 226 a. C. 225. a. C. 219 a. C. 218-201 a. C.

Primera Guerra Púnica

Almícar Barca, desembarco cartaginés en Cádiz

Tratado del Ebro entre Roma y Cartago

Asdrúbal funda *Carthago Nova* (Cartagena)

Conquista de Sagunto

Segunda Guerra Púnica. Inicio conquista romana

La Dama de Elche

La célebre escultura que hoy se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional fue hallada en 1897 en el yacimiento ibérico de La Alcudía. Se trata de un busto femenino funerario que representa a una mujer de alto rango, a una sacerdotisa o tal vez a una diosa. La estatua, datada a mediados del siglo V a. C., es el mejor ejemplo de la complejidad y riqueza de la cultura ibérica, de la combinación de elementos de inspiración griega con rasgos de la tradición indígena. Su fama

tiene mucho que ver con su historia contemporánea. Poco después de su descubrimiento fue adquirida por el Museo del Louvre. En las décadas siguientes, la Dama ausente provocó la fascinación de artistas y escritores y se convirtió en el emblema del alma femenina española. En 1941 fue recuperada por el régimen franquista, que la utilizó como un símbolo del nacionalcatolicismo, la esencia espiritual de la mujer patriótica, piadosa y recatada. Una imagen con muchas miradas.

grandes potencias imperialistas mediterráneas. La derrota final de los cartagineses deja el espacio abierto para el inicio de la conquista romana.

El proceso histórico de las colonizaciones transformó el modo de vida de las poblaciones nativas cercanas al litoral mediterráneo. Llegaron novedades tecnológicas como el torno del alfarero y el dominio de la metalurgia del hierro, las primeras muestras de escritura, nuevas plantas como la vid y el olivo, la artesanía especializada en objetos suntuarios, talleres de manufacturas, pesquerías y salazones, y una explotación exhaustiva de las minas del interior. Los cambios económicos alteraron las relaciones sociales del mundo indígena. El aumento de la población, la aparición de las primeras ciudades y la división del trabajo acarrearón una mayor desigualdad social, un proceso de jerarquización, de preeminencia de unas aristocracias indígenas con unas formas de vida cada vez más cercanas a las costumbres y las creencias de las culturas orientales.

Pueblos prerromanos En buena medida, el conocimiento de los pueblos que habitaban en la península Ibérica antes de la llegada de los romanos procede de la propia definición que hacen los conquistadores, una creación artificial que encaja mal con las evidencias de la cultura material. Por ese motivo, los historiadores tienen muchos problemas para identificar las etnias y tribus señaladas en las referencias clásicas. A grandes rasgos, los lingüistas diferencian dos áreas, separa-

**«El río Hiberno, rico por su tráfico naval,
que ha nacido entre los cántabros ... por
el cual los griegos llamaron Hiberia a
toda Hispania.»**

Plinio el Viejo, *Historia Natural*, III

das por una línea diagonal imaginaria que dividiría la península entre el norte de Cataluña y Huelva. En la parte más occidental predominarían las lenguas célticas antiguas y en el sector oriental el ibérico, una lengua preindoeuropea todavía no descifrada, con notables variantes regionales.

Esta división no se corresponde con el viejo tópico de los manuales escolares, que encontraba el origen racial de los españoles en la mezcla fecunda del pueblo celtíbero, el fruto del encuentro de las tribus de los iberos del sur con los grupos celtas llegados desde norte. En realidad, la cultura ibérica no es el producto de una esencia étnica homogénea, como se suponía, sino el resultado de un largo proceso de aculturación, visible a partir del siglo VI a. C., que sobrevive incluso después de la conquista romana. En el mismo sentido, el área celta peninsular tampoco sería el resultado de una gran invasión indoeuropea datada a comienzos de la Edad del Hierro. Los arqueólogos subrayan la continuidad de un sustrato protocelta anterior, con conexiones con toda la fachada atlántica, y de un conjunto de penetraciones intermitentes, un flujo de grupos con orígenes y etnias diferentes que muestran su imagen más característica en la llamada cultura de Castros del Noroeste, poblados de montaña fortificados que cobijan comunidades campesinas autosuficientes. Otro grupo céltico, al menos desde el punto de vista lingüístico, sería el de los celtíberos. Se trata también, en este caso, de un término romano que unifica a los pueblos hostiles que ocupan una parte de la Meseta y el valle medio del Ebro, una identidad creada por su oposición a los conquistadores latinos, a las legiones que empiezan a extender los límites de una entidad histórica diferente, Hispania.

**La idea en síntesis:
la península Ibérica
entra en la historia**